

Castellón

Bárbara Herrero Roqueta, 95

Carmen Torres Marín, 18

EL DISFRAZ DE LA MODISTA

Muchas veces oímos o leemos en los medios historias impresionantes vividas durante la guerra, pero aún nos conmueven más las que podamos conocer directamente, de persona a persona. Nuestra protagonista es uno de estos casos, cuya vida se ha basado en la decisión, la ausencia de miedo y la calma ante las situaciones difíciles. Durante nuestra charla con Bárbara nos contó anécdotas de toda su vida llenas todas ellas de rasgos muy peculiares; sin embargo, por su singularidad y repercusiones quisimos que hiciera hincapié sobretodo en su estancia en Teruel.

Bárbara Herrero Roqueta nació el 3 de junio de 1912 en Fuentes Calientes (Teruel). A los ocho meses quedó huérfana de madre, y su padre puso a Bárbara al cuidado de un ama. Su padre en segundas nupcias tuvo dos hijos más. Bárbara recordaba su infancia como la de una niña triste, sola, sin querer jugar y con ganas de llorar.

A los 14 años se trasladó a Alicante a casa de su tío dentista. Allí fue a la escuela durante dos años donde aprendió a leer y a escribir. Gracias a su voluntad y capacidad, llegó a ser la segunda de su clase. Aunque le hubiese gustado estudiar medicina no pudo debido a las circunstancias económicas de su tío y a los 16 años marchó a Valencia. Allí, su tía Asunción, de Acción Católica, le enseñó a coser ropa de mujer. Al hablarnos de ésta época, Bárbara hizo hincapié en su cambio de carácter: “pasé de ser una niña triste a ser una joven decidida con ganas de comerme el mundo”.

Tras dos años en Valencia volvió a su pueblo donde una amiga le ofreció irse a Barcelona a servir a casa de Don Emilio González, donde pasó cuatro años. De su sueldo, 60 pesetas, enviaba 50 a su padre para que su hermano pudiese estudiar. A los 24 tuvo que volver al pueblo para cuidar del otro hermano, y fue entonces cuando estalló la Guerra.

En esta época es cuando Bárbara pasó sus mayores peripecias, envuelta en peligros y situaciones arriesgadas. El encierro de su padre en la cárcel por sus ideas republicanas y el intento de fusilamiento a su hermano que ella misma evitó. Además, ella y sus hermanos son desterrados a Caminreal donde permanecieron dos años. Cuando se les levantó el destierro, en plena guerra, una de sus hermanas marchó a Zaragoza donde se ganaba la vida como peluquera, mientras que Bárbara se instaló en Teruel, donde se encontró con algo que no buscaba. A sus 26 años, le enseñaron a coser pantalones y cazadoras de hombre, aunque su objetivo no era simplemente el de coser ropa. La casa en que vivía durante su estancia en Teruel era también la sastrería, y allí acudían para arreglarse la ropa muchos militares del bando nacional. La función de Bárbara era la de escuchar sus conversaciones y extraer la máxima información posible dando parte posteriormente a los republicanos.

Se había convertido en una espía. “En una ocasión –nos dijo–, con gran disimulo y todo el cuidado que pude le saqué la cartera y toda la documentación que había en la cazadora que un teniente había colgado en una percha, devolviéndola luego con el mismo cuidado”.

Los partes que Bárbara dio fueron útiles para verificar otros partes de mayor envergadura. En esta actividad estuvo dedicada hasta unos días después de San José de 1939 cuando fue descubierta por los nacionales y trasladada al campo de concentración de Santa Eulalia del Campo en la provincia de Huesca. “Recuerdo que tenía el anagrama de preso C-80 y mi hermana, a quien también habían traído allí, tenía el C-81. En aquel lugar había un militar que tenía unas entrañas más negras... Me dieron una paliza que al recordarla parece como si aún me doliera todo el cuerpo”. Allí fue sometida a interrogatorios y según la habían avisado compañeras

suyas, respondió afirmativamente a todas las acusaciones que se le hicieron aún siendo falsas algunas.

Tras unos meses en el campo de concentración de Santa Eulalia fue trasladada a la cárcel de Daroca y de allí a la de Zaragoza en la que se le hizo un nuevo interrogatorio, esta vez más sosegado. En esta ocasión negó algunas acusaciones que en Santa Eulalia había afirmado justificándose por el miedo que allí tubo de que la mataran.

En total fueron cinco años en cárceles de las cuales guarda muy mal recuerdo; aunque en nuestra entrevista Bárbara siempre hablaba de la gran calma con que soportó todo aquello. El hecho que más nos asombró sobre su estancia en la cárcel fue el que adelgazase 30 kilos, pasó de pesar 60 kilos a pesar 30.

Cuando salió de la cárcel tuvo que empezar prácticamente de cero a tejer su vida. Se casó y vivió en Barcelona donde trabajó en casa del médico Antonio Canales Masó y más tarde como modista cosiendo para Marta Ferrusola. Más tarde el matrimonio se trasladó a Fuentes Calientes y llevaron una vida normal hasta los 80 años, cuando al morir su marido se fue a vivir con unos familiares a Francia durante 12 años. A los 92 ingresó por propia voluntad en el centro “Residencial Castelló”, donde ya lleva tres primaveras. Allí recibe visitas y llamadas de familiares y amigos; lleva una vida tranquila, sosegada y activa, con bombones siempre listos para ofrecer a sus visitantes.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Bárbara demostró a lo largo de nuestras conversaciones ser una persona de fuertes convicciones. Hasta que estalló la guerra fue muy religiosa y creía en lo que la Iglesia predicaba; “pero, cuando empezó la guerra y vi que los curas se ponían la escopeta en la espalda, pensé: esto no es lo que yo creía”. Yo creo en Dios pero no en sus representantes en la tierra”. Además ha sido siempre generosa y solidaria con naturalidad hacia quien necesitara alguna cosa: “con una mano lo ganaba y con la otra lo daba”. Esta generosidad llegó a serle reconocida en la cárcel de Zaragoza con el mote de la “santa laica”.

Siempre fue muy decidida y nunca tuvo miedo de nada. Además, con esta actitud fue con la que defendía sus ideas: cuando enviaron a prisión a su padre ella fue a reclamar su libertad a una persona a la que su padre había ayudado, reclamación que no le valió sino para ganarse el destierro. Bárbara nos contó el diálogo con aquel hombre: “es que tu padre tenía unas ideícas” –dijo aquel hombre; “¡y qué tienen que ver las ideícas! él le ayudó a usted”. Este hecho le valió para valorar a las personas independientemente de sus ideas.

Quién habría de decir que esta mujer de más bien poca estatura tendría una vida tan larga, intensa y peculiar. En una ocasión cuando era pequeña le dijo a su padre que quería ponerse zapatos de tacón para ser más alta y su padre le dijo que era más importante crecer en bondad.